



Salud y Enfermedad Mental en la Gran Ciudad

Francisco Javier Yuste Grijalba

Abordar el presente tema exige un esfuerzo por situarse en una circunstancia muy concreta. Sería sencillo olvidar nuestro tiempo y lugar, y elaborar una teoría de la ciudad mentalmente saludable en comparación con la cual



resplandeciera la insania de Hong Kong, Chicago o Madrid. Esto sería elaborar una utopía, mientras que las ciudades de nuestra experiencia, vivida o bibliográfica, nos muestran acontecimientos sorprendentes, contradicciones manifiestas a las que es preciso responder.

Tal respuesta estará condicionada a los siguientes presupuestos:

- La gran ciudad ha sido experimentada como una rotunda incongruencia.
- El urbanismo es un fenómeno que ha de tener medidas humanas.
- Nuestro país puede evitar la cuota de enfermos mentales a cobrar por la megapolis.

Las incongruencias de la gran ciudad

Tal vez si la ciudad estuviera definitivamente establecida, con otras palabras, si todos los habitantes del planeta hubieran experimentado lo urbano, pudiéramos descontar del deber ciudadano dos capítulos considerables. Ahora bien, la urbanización es un proceso en marcha y de ahí que junto a los cargos vinculados al modo de vida y medio urbano en sí, haya que sumar los vinculados al trasplante de lo rural a la ciudad, y a la desadaptación del "paleto" en la misma.

Podríamos decir que la gran ciudad responde subsidiariamente a una responsabilidad no propia. No podemos olvidar que hoy por hoy ciudad y migración van unidos indisolublemente.



Salud y Enfermedad Mental en la Gran Ciudad

Las ciudades que conocemos, las actualmente sometidas a nuestra observación, se caracterizan por un cambio continuo y, generalmente no planeado ni previsto. La gran ciudad es un fenómeno vital en continuo cambio. La dinámica ciudadana es pura rapidez, movimiento continuo, y esto desde los cimientos. La ciudad derriba y construye edificios al igual que derriba y construye modas, valores, personajes e ideologías. La personalidad se contagia de este cambio acelerado, de esta inestabilidad y termina por volverse ella misma inestable: neu-

rosis y afecciones sicosomáticas están a la vuelta de este camino.

Esto hace que para mucha gente la ciudad sea sitio inapropiado para vivir y lugar de las más agudas contradicciones.

Las quejas más comunes contra la ciudad vienen de los desplazamientos, los gases y la circulación. Al menos primero y último tienen gran cosa que ver con la estabilidad emocional. Desplazamientos y circulación son, sin duda, una de las tareas más improductivas y desazonantes a las que el ciudadano ha de someterse con la consiguiente reducción de las horas de descanso y la sumación de una tensión supletoria, no fácilmente expulsada en un medio de tiempo vital acelerado: el círculo vicioso introducido por la medicación sedante-excitante está a un paso. También el ruido y las vibraciones, en gran medida ligados al tráfico pero también a otras circunstancias ciudadanas, dejan en la cuenta de la tensión síquica y el desasosiego una buena cantidad.

La gran ciudad es un triunfo de la técnica, de la industrialización, de la lucha por la vida. En este sentido la ciudad ha vencido a las enfermedades infecciosas que generalmente cobran su tributo en vidas jóvenes. La gran ciudad significa descenso de la mortalidad infantil y aumento de la expectativa de vida con el consiguiente envejecimiento de la población. Esto significa paralelamente el aumento del número de subnormales a atender, pues que en otras épocas fallecían en edad temprana, y la aparición de las secuelas sicopáticas de la cronificación de las enfermedades (arteriosclerosis cerebrales, demencias seniles, etc.).

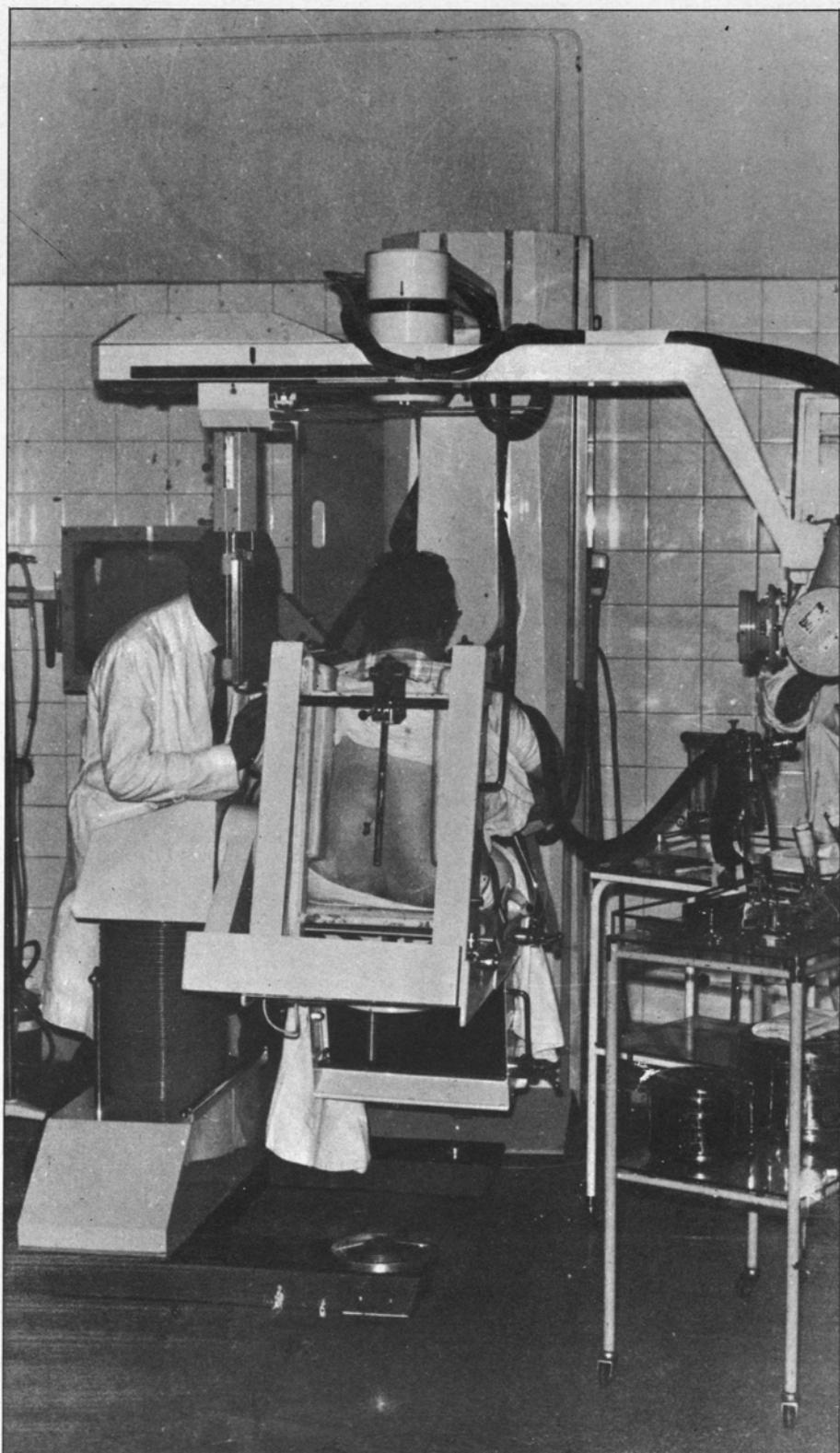
En las zonas rurales el anciano tenía un papel definido: era el mantenedor de la tradición. El medio urbano, en continuo cambio, insiste en lo joven.

El anciano, que está instalado existencialmente en un ámbito socio-cultural desaparecido, ve agravada su esclerosis física y afectiva por el arrinconamiento en que se halla situado. Otra entrada, y no menor, a las enfermedades mentales. El aflujo repentino y sin precedentes de población rural a las ciudades es, probablemente, el problema fundamental a considerar.

La ciudad es un inmenso escaparate que deslumbra y atrae a la población rural. Las posibilidades de la ciudad, con la esperanza de una mejor situación, invitan al éxodo. Ahora bien, la incorporación del inmigrante no ha sido programada y este se instala provisionalmente en zonas marginales. De otro lado la ciudad exige un nivel educacional y técnico no poseído por el inmigrante, quien se ve ecológica y sicológicamente reducido a vivir marginado. Esta situación es la base de todo tipo de conducta desviada y el mejor caldo de cultivo de las alienaciones.

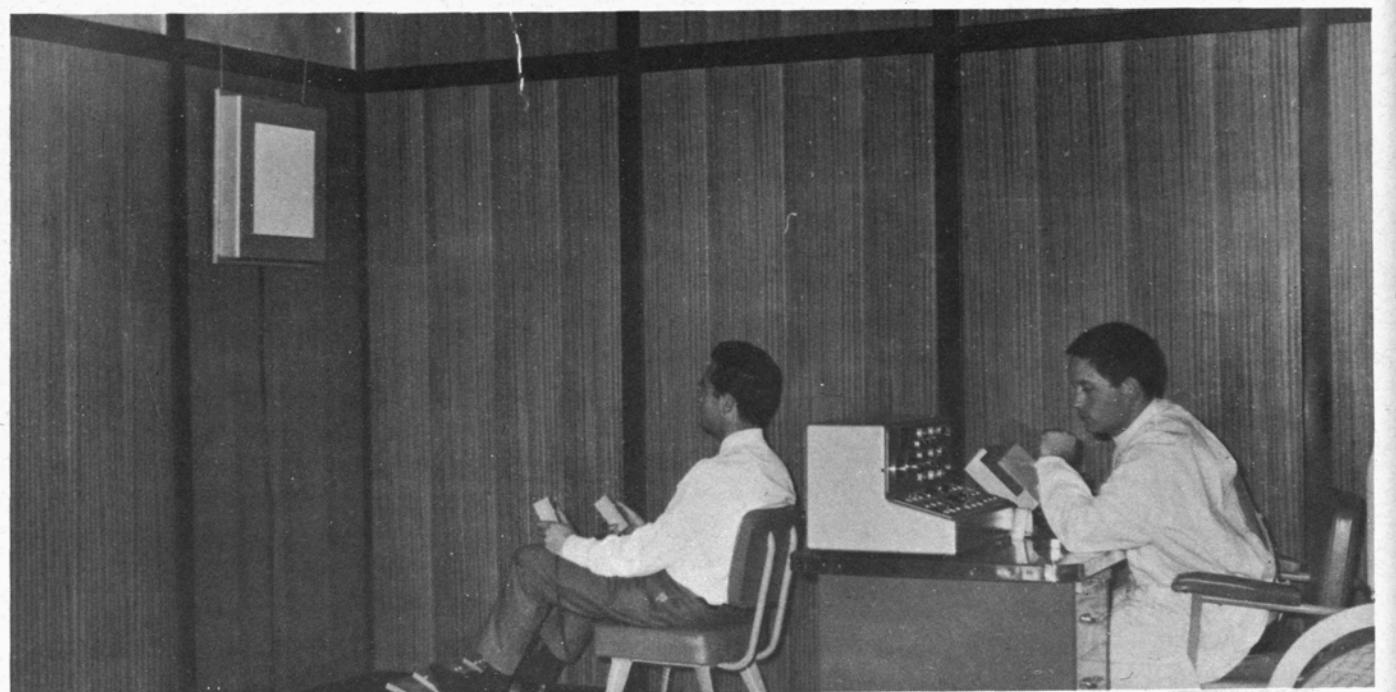
En amplias zonas del mundo el problema viene agravado por la coexistencia en la misma generación, e incluso en la misma familia, de ambos modos de vida rural y urbano.

En el interior la persona tiene válidos valores y actitudes que le han sido inculcados a lo largo de años y que han continuado vigentes tanto para sí como muchos de los ambientes que frecuenta; en el exterior, en la gran ciudad donde habita, los más de vida distintas se

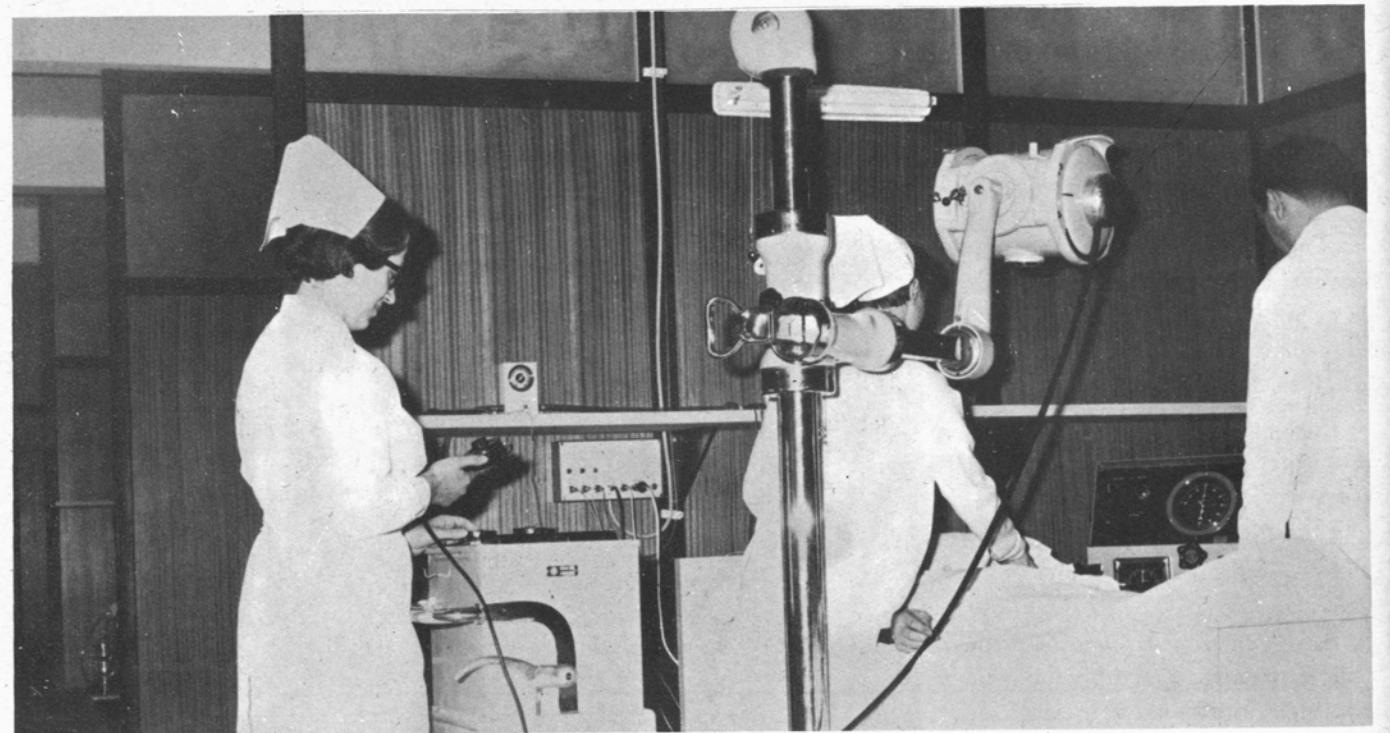


Sección de Neuroradiología del servicio de Neurología
(Gran Hospital de Madrid)





Sección de Reanimación del servicio de Neurología (Gran Hospital de Madrid)



le ofrecen, se le imponen. Es la condición externa de una crisis existencial.

Todos los niveles de la vida social se resienten de esta estructura anómala. La comunidad se desintegra en grupos en conflicto a causa de regirse por valores diferentes. Padres e hijos, por ejemplo, hablan idiomas culturales diferentes. El resultado es la crisis en la familia, los fenómenos de marginación y la delincuencia juvenil, los embarazos adolescentes, etc.

No sólo existen "barrios bajos" en la periferia de la ciudad, los suburbios españoles. El crecimiento de la ciudad engloba en su centro una zona de transición caracterizada por la desorganización social, desatención sanitaria y pobreza. Paulatinamente la remodelación de estas zonas las va trasladando de lugar o las hace desaparecer. Mientras tanto son ocasión desencadenante de una amplia gama de patología mental principalmente entre la población anciana.

Todo ello da lugar a un fenómeno nuevo: el aumento de las enfermedades mentales. Los estudios epidemiológicos son concluyentes: el número de enfermos mentales es mayor en la ciudad que en el campo. Y no son sólo las afecciones últimamente incorporadas a los diagnósticos del psiquiatra, sino también las enfermedades más clásicas.

Los delincuentes juveniles son algo así específico de las grandes ciudades. Las zonas rurales se ven libres de esta problemática que, a su vez, es muy limitada en ciudades más pequeñas. Hay una especie de graduación en la importancia del problema que va paulatinamente de lo rural a la gran ciudad. Igualmen-

te sucede cuando una zona tradicionalmente rural se industrializa y urbaniza.

Dentro de la ciudad también podemos distinguir áreas delincuentes limitadas a las áreas de mayor deterioro socio-cultural.

En este orden de ideas también hay relación entre delitos adultos y, en concreto, delitos sexuales —más vinculados al campo de la anormalidad mental—, y tamaño de las ciudades.

Las tasas de alcoholismo son dos veces más altas en las ciudades por encima de 100.000 habitantes que en las zonas rurales, mostrando una clara tendencia ascendente. Los otros tipos de dependencia de las drogas se localizan en un 95% de los casos en áreas urbanas.

Las tasas de suicidio también aumentan con el tamaño de la ciudad, aun cuando las áreas metropolitanas detengan la ascensión de la curva. Como en otros capítulos de la cuestión, las ciudades con gran proporción de ancianos y de transeúntes presentan las cifras más elevadas.

La comparación rural-urbana en el caso de los suicidios no es tan sugerente como en otros epígrafes; sin embargo, el aumento de este fenómeno en las ciudades es claro.

Como hemos dicho, donde con absoluta claridad se manifiesta la acción deletérea de la gran ciudad es en las áreas de la siquiatría menor, cuya expresión son las enfermedades sicosomáticas, las tensiones matrimoniales y familiares.

Las tasas de divorcio o de separación matrimonial, las tensiones padres-hijos expresadas en huídas, sevicias, etc., son innumerablemente más altas en las ciudades aun cuando no tenga una relación evidente su tamaño.

La esquizofrenia, como prototípico de la enfermedad mental, lo mismo que los diversos tipos de demencias y otras sicosis, la patología siquiatrística más típica, es, al menos, dos veces mayor en la ciudad que en el campo. Así lo han dejado establecido los estudios realizados en distintas zonas de rápida industrialización y en las áreas metropolitanas americanas.



Salud y Enfermedad Mental en la Gran Ciudad

Los estudios más caracterizados de esta índole han dado como hallazgos que menos de la quinta parte de los habitantes de estas zonas se encontraban bien, la tercera parte padecía síntomas moderados o problemas de la órbita siquiatrística menor y alrededor de la cuarta parte estaba severamente enfermo. Téngase en cuenta que estos estudios incluyen todos los diagnósticos siquiatrísticos e incluyen la patología de la ancianidad y primera infancia.

Todas estas cifras pueden estar deformadas por un factor de expresividad; sin duda, la actitud urbana hacia el enfermo mental hace que se controle con mayor facilidad a través de los servicios sanitarios. Ahora bien, observados en su conjunto, parece poderse afirmar que ciudad, hoy por hoy, es paralelo a desorganización social la cual es definitivamente la base de la desorganización mental.

Esta desagradable realidad ha llevado a emitir juicios de valor muy negativos sobre la ciudad como logro humano. Las ciudades son anormales, se ha llegado a decir en todo caso, en el fenómeno urbano el hombre ha hecho de nuevo de aprendiz de brujo.

El urbanismo ha de tener medidas humanas

Bien mirada la ciudad es otro esfuerzo humano por independizarse de la naturaleza. Como tal se inscribe en la línea continua que desde el fuego y la rueda camina hasta los cohetes espaciales.

Porque la ciudad significa seguridad e independencia. Seguridad que



Salud y Enfermedad Mental en la Gran Ciudad

proporciona los sistemas de prevención social, las instituciones sanitarias.

Independencia adquirida a través de la preparación científica o técnica que permite dominar la naturaleza y no estar al albur de la buena o mala cosecha. La ciudad, en resumen, mantiene un nivel de bienestar deseable para los ciudadanos y sobre todo para los que aún no lo son.

Quien ha vivido en zonas urbanas y rurales siente que en la profundidad de los hechos el urbanismo es una cultura, un modo de vida inédito, contrapuesto, y radicalmente, al modo de vida rural.

Rápidamente caracterizada diríamos que la ciudad es relatividad, movilidad social, impersonalidad. Estas actitudes engendran tolerancia, permiten la innovación, el progreso, favorecen la iniciativa y el desarrollo de la personalidad a la que facilitan las opciones.

La coexistencia de múltiples opiniones y opciones generan un alto grado de competitividad con una continua y personal promoción y ascenso de los más capaces. Los méritos de familia no valen, sólo los personales, la justicia social florece. La división del trabajo exige la especialización que impulsa el progreso técnico. Las relaciones se funcionalizan al igual que los controles sociales. Ya no es la crítica informal, el qué dirán, quien determina las relaciones, sino la personal decisión de no transgredir la norma.

Si todo esto es así, la ciudad está inscrita en el progreso social y en el personalismo más profundo. Las mismas enfermedades mentales nos sirven para mejor profundizar en estos hechos. El ciudadano no ve en ellas el castigo de los dioses o la posesión, sino una enfermedad, y como tal, susceptible de curación. Llevando, sin embargo, las cosas al extremo, en la ciudad el relativismo ha traspasado su sano límite y se ha convertido en anomía; la movilidad social es inestabilidad y la impersonalidad ha situado al hombre en soledad.

La gran ciudad necesita para su propio existir trabajar de un lado,

divertirse en otro, hacer vida de familia en otro distinto. Desplazamientos, dislocación. El hombre tiene que multiplicarse para que la gran ciudad exista.

La gran ciudad trae consigo múltiples contactos y forzosamente fríos, distantes, superficiales. Son personas a las que no llegamos a conocer, con las que se establecen relaciones fragmentarias. El sentimiento de lo íntimo desaparece, la afectividad se debilita.

La gran ciudad pide el éxito, lo importante es llegar. Se insiste en el fin con difuminación de los medios. El triunfador no tiene que dar cuenta de cómo llegó a triunfar. La agresividad deja en el camino a los más débiles.

El esfuerzo de adaptación a estas situaciones tiene un límite que no debe ser sobrepasado. La personalidad, como algo individual, necesita en su desarrollo estabilidad, afecto y gratificación. Esto es fácil de comprender al tener presente la sicología infantil. El niño necesita saber qué hacer, cercanía personal y halago de su yo (al menos control de las frustraciones), so pena de desarrollos patológicos. El adulto ciertamente lo es porque ha aprendido a elegir y a tolerar la frustración, pero todo dentro de unos límites que son los que ha perdido la gran ciudad, en la que buscando una superación de las estructuras culturales rurales, similares a las adaptadas a la sicología infantil, podemos llegar hasta la inestabilidad y frustración ilimitadas.

Así desde una posición de progreso hemos llegado a la inestabilidad, a la inafectividad, a la frustración. En definitiva, a la condición motivadora de enfermedad mental.



El papel de la familia es verdaderamente esencial...



La imagen del aprendiz de brujo, vuelve otra vez a ser válida. El exceso ha sido perjudicial, no la ciudad.

Es preciso entonces no traspasar unos límites; que por huir de la rigidez limitante de lo rural, no es preciso caer en el no saber por dónde empezar de lo ilimitado.

Tal vez añorante de épocas pretéritas ante el exceso actual, el ciudadano vuelve la vista al campo donde poco a poco se reinstala, al menos para su vida más íntima, más familiar. Cerca de las grandes ciudades no es raro observar el florecimiento de zonas residenciales.

Ahora bien esta "rurbanización", lo mismo que los pasos elevados, o los esfuerzos por la rehabilitación de toxicómanos, no son sino un precio a pagar porque el urbanismo ha sobrepasado unos límites que nunca debió; los límites de lo humano, medida de todas las cosas.

Nuestro país puede evitar la cuota de enfermos mentales a cobrar por las megapolis

Si alguna ventaja tienen los países en desarrollo, es esta la posibilidad de ver el futuro mirando qué ha sucedido en sus hermanos mayores.

No hará más de cinco años, cuando los autores especializados señalaron la inminente aparición en nuestro país de la problemática toxicofílica. No eran voces ni proféticas, ni derrotistas. Se limitaban a describir lo que había sucedido en otros ambientes socio-culturales a los que llegaríamos nosotros. Las críticas suscitadas por estos autores hoy no

tienen consistencia ante los hechos.

Por ello es preciso volver a insistir. La ciudad, en sí misma considerada, es algo realmente liberador, pero los costes sociales de la gran ciudad son enormemente elevados, y en ellos se incluyen las enfermedades mentales.

Las novelas de ciencia-ficción han planteado como posible la he-

catombe nuclear por seguir un camino equivocado desde algo también liberalizador: la energía atómica; pues bien, no es hacer ciencia-ficción, ni hablar de posibilidades, el afirmar la hecatombe mental en nuestras ciudades porque es algo de experiencia personal en varias zonas urbanas del país.

La voz de alarma está dada en otros aspectos de los males urbanos, voz de alarma que ha costado, en ocasiones, vidas humanas. En el campo de la salud mental, también se ha encendido la luz roja en nuestro país.

Tal vez la falta de atención a la alarma haya estado en la confusión de progreso con salud. Ciertamente que lo urbano es progreso, y como tal liberador y, por lo tanto, no es un romántico bucolismo lo que inspira esta toma de posición. Son los datos epidemiológicos los que obligan a gritar: ¡cuidado! Nosotros seremos responsables si por dejar hacer, o por imitar grandilocuencias, continuamos por el camino de congestionar zonas concretas dejando despobladas otras.

Como se ha preguntado innumerables veces ¿cómo es posible que a 150 kilómetros de Madrid no haya un núcleo urbano mayor de 50.000 habitantes? Pues bien, nuestro país aún puede ahorrarse la cuota a pagar al equivocado camino de las grandes ciudades.

Y, ya al final, teniendo en cuenta que lo único que se opone a edificar la ciudad saludable es el propio hombre y su egoísmo, podemos dejar libre la imaginación y situarnos en un lugar de concordia con un alto grado de perfección, donde prevalezca el orden, el equilibrio y la salud mental: la ciudad.



Salud y Enfermedad Mental en la Gran Ciudad